

843  
Q.

PQ 2378  
.03  
D48

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO CARRUBIAS

## LA DÉCIMA MUSA

---

### I

— ¡ Ah ! Querida mía ¿ ha leído usted el último poema de Oliverio Juglat ?

— ¿ Por otro nombre, la marquesa de Sortais ?

— Sí, la marquesa de Sortais; esa rubia encantadora que podría hacerse adorar por su belleza y que quiere ser discutida por su talento.

— ¡ Su talento ! ¡ Su talento !

— ¡ Y su belleza !...

— ¡ Oh ! ¿ Afirmará usted que no es bella ?

— Lo fué.

— ¿ Y que no es genial ?...

— Pero ¿ es ella ?...

— Sí ¿ pero es ella ? Toda la cuestión estriba en esto ! Se supone que no escribe las poesías que firma, y que tras ella se oculta un gran escritor enamorado, al cual tiene encerrado haciendo producir, para su mayor gloria.

— ¡ Qué infamia !

— Andrés Treillard, en fin, para no nombrarlo.

— ¡ Oh !

Esta exclamación indignada surgió de los labios de la seductora señora de Gantis, en el saloncito de la baronesa de Folentin del Rocher, á la hora deliciosa y tranquila en que, alrededor de una mesa abundantemente provista de pasteles, sobre la cual, entre las frescas flores, humea la tetera rusa, las gentes del gran mundo, cansadas de las ocupaciones y de los placeres del día, se congregan y restauran las fuerzas para los placeres y las ocupaciones de la noche. Se hallaban allí, en el seno de la intimidad, acostumbradas á hablar sin reticencias, y no titubeando más ante la murmuración que ante la calumnia, con tal de que la una fuese muy atrevida y la otra muy original. Reíanse, con refinada ferocidad, de las flaquezas del prójimo, de las miserias de los amigos, y se gozaban en destrozarse las reputaciones y las glorias, entre dos tazas de té, muy azucarado, levemente cubierto de nata.

Estaban, á más de la dueña de la casa y de la minúscula señora de Gantis — provincianita que habían comenzado á educar — Duverney, el agente de bolsa, la condesa de Grodsko, el brillante *sportsman* Roberto de Preigne, el barón de Duburle, y Ravery, apodado la peste de los salones : hasta tal punto este joven débil, encanecido y cojo, sobresalía, en una sociedad donde el chismorreó es rey, para destacarse sobre la maldad general.

— Supongo — dijo Ravery, con un *tic* gesticu-

lante, que le obligaba á cerrar el ojo izquierdo y á contraer la boca — que por muy ignorantes que se hallen acerca de la literatura contemporánea, conocerán ustedes á Treillard. Es el autor de ese magnífico libro titulado *La abdicación amorosa*.

— ¿ Supongo que ese libro no se ha vendido, cuando usted lo celebra ?... — insinuó Duverney dulcemente.

— En efecto, no se ha vendido. Nuestros deliciosos imbéciles del gran mundo ¿ hubieran sido capaces de comprenderlo ?... Renunciaron á comprarlo. Eso les resultaba más sencillo. ¡ Bueno ! Lo cierto es que el último poema de esa dama vetusta, teñida, estucada que se da tono de beber en la fuente de Hipocrene, y que se llama la marquesa de Sortais, ha sido escrito por Treillard. Es irritante la certidumbre. La crítica cobarde ante las buenas comidas — y conste que la marquesa tiene un cocinero excelente — no se ha atrevido á declararlo. Pero en la intimidad, los que están bien informados, lo confiesan, levantando los brazos al cielo. ¡ Horror de horrores ! ¿ Dónde vamos á parar ? ¡ Los profesionales prestan su genio á las damas de la aristocracia y transforman á los lindos pájaros-bobos de los salones en Safos ó en Corinas ! Y ¿ qué es lo que dan esas damas para conseguir los laureles ?... ¡ Su carne blanca y crasa !

— ¡ Ah ! — gritó espantada la señora de Gantis, tapándose los ojos con la mano cubierta por guante de piel de Suecia.

— Si, querida señora — afirmó gravemente Duverney. — ¿Podrá usted creerlo?... Existen criaturas pertenecientes al sexo de usted, que tienen el impudor de ir, entre cinco y siete de la tarde, á cuartos de soltero, amueblados á la inglesa, en los cuales se dejan olvidados horquillas del cabello, prueba de que se despeinan, y hasta el corsé, prueba de que se desnudan. Si yo le cuento á usted estas cosas es porque se las he oído referir á los libertinos que tengo por amigos, pues, como fácilmente comprenderá, nunca me he visto en tales compañías ni en semejantes sitios. Mi carácter, mi profesión y mis costumbres me lo prohíben. Pero, si lo desea, de Preigne se encargará de proporcionarle amplia y completa información sobre la materia. No pasa día sin que ande complicado en una de esas fiestas... Y mire, son las cinco y media, se levanta, se despide y se marcha ¡lo esperan!

El guapo de Preigne sonrió, se inclinó ante la linda provincianita, le besó la mano y le dijo :

— No le crea usted nada. Tengo una cita en casa de un tratante de caballos, para vender el trotón alazán que montó...

— ¡ Ah! ¿ Es alazán tu trotón? — exclamó Ravery, con risa burlesca feroz. — ¿ Se tiñe, entonces? ¡ Decían que era gris !

Reinó silencio. El Sr. de Preigne era, desde hacía un año, el amante idolatrado de la duquesa de Dirnstein, cincuentona archimillonaria, bella aun, y que tenía fama de ser muy generosa con su ídolo. El

guapo mozo no se desconcertó. Leve palidez extendióse bajo los ojos, marcándole ojeras. Sonrió y replicó blandamente :

— ¡ Ah! querido, gris ó alazán, corre. Yo te reto á que hagas otro tanto.

Ante esta alusión á la cojera, que constituía la amargura de su vida y que era la causa real de su malevolencia, Ravery se estremeció. Crispó las manos, quiso replicar, pero no encontró la frase mortificante, triunfal, que cierra los torneos de ingenio y que asesina, sin compasión, al adversario. De los convulsos labios dejó escapar ruido sibilante que, á duras penas, podía pasar por risa, y, girando sobre la pierna demasiado corta, se acercó á la mesa de té.

Soberbio y triunfador, salió el Sr. de Preigne. La minúscula señora de Gantis desconcertada aún, exclamó :

— Me he quedado estupefacta con lo que usted me cuenta de la señora de Sortais. ¿ Por qué razon esa dama, tan rica, tan alcurniada y que ocupa en sociedad posición tan envidiable, se empeña en perseguir triunfos literarios, cuando no es capaz de obtenerlos por propio mérito?...

— ¡ Ah! Mi bella y querida amiga, — contestó la condesa de Grodsko — á la legua se conoce que acaba usted de llegar del pueblo. Tenga en cuenta que la Marquesa está convencida de que posee un talento notable. Se encuentra tan acostumbrada á las alabanzas, que estima como sinceros todos los

elogios que le dirigen de palabra ó en letras de molde. No para mientes en el auxilio que Treillard le preste para la confección de novelas y de poesías. Si fuese posible leer en su pensamiento, vería usted que se encuentra en la creencia de que suministra ideas á Treillard, y de que éste se limita á ejecutar una faena puramente mecánica, revisándole las cuartillas. Cierto que le cincele y le pule la prosa y los versos, y que le corrige las pruebas de imprenta... ¡labor de secretario! ¿Pero el genio?... ¡Es de ella, sólo de ella!

— ¿Qué ventajas obtiene con esa mistificación que, según veo, á nadie engaña?...

— Las ventajas que le proporciona la hipocresía humana. No hay periódico que al nombrarla no la llame la admirable y la sublime escritora. Su retrato figura en todas las revistas ilustradas. Se la reproduce, con párrafos de encomio, en sus salones, rodeada de una corte de aduladores; en su castillo, de pié en lo alto de una gran escalinata de marmol, acompañada por un lebre, cual una dama de Walter-Scott; en el estanque, dignándose arrojar, con la blanca mano, migajas de pan á los serenos cisnes que gallardean en pos de la estela de la barquilla; á caballo, corriendo ciervos, con la cabeza cubierta por amplio fieltro con pluma amazona; en fin, en su estudio, sentada ante la mesa de trabajo, con el dedo meñique levantado y con la frente inclinada sobre una cuartilla llena de garrapatos. Y, al pie de cada uno de estos fotograbados, aparecen el título y la explicación pomposos, trompeteantes, que impresionan

al lector y aseguran la gloria hebdomadaria de la dama. Lo que le cuestan estos reclamos, más vale callarlo. El capital que posee le permite no rehusarse ningún elogio. Aseguro á usted que no se organizará en derredor de ella la conspiración del silencio. Paga demasiado bien para que la crítica se atreva á molestarle. Se ríen de ella en las redacciones de los periódicos y le destrozan la reputación, todo lo cual no es obstáculo para que en seguida se le dedique un artículo brillantísimo y calurosísimo, porque es preciso vivir ¿no es cierto?...

— ¿Lo cree usted muy necesario? — insinuó dulcemente Duverney. — ¿Considera indispensable la existencia de Bulle-bulle, Chismoso, Sablista y demás escribidores que estropean papel blanco ensuciándolo, con tinta envenenada?... ¿No podríamos prescindir de ese hormiguo, que se llama literario, y que es causa de infección social?... Se afirma que la peste llega á Europa traída por las ratas. Siempre he creído que la traía la gente periodística.

— Cuidado, Duverney. Si se llega á saber cómo habla usted del cuarto poder...

— ¡Bah! Yo me río del cuarto poder, que es, realmente, el primero, por cuanto se muestra el más terrible de todos. No dependo de nadie. Y, además, para algo tenemos policía correccional.

— ¡Bueno! Por lo visto usted cuenta con el amparo de las leyes, aun sabiendo que la magistratura se limita á descansar cómodamente y á adular á más y mejor...

— En un país donde toda la administración se halla reducida á la domesticidad, donde el jarro de vino es el argumento supremo en todas las discusiones, donde la prevaricación es el término natural de todas las disparidades, y la concusión la moneda corriente de nuestros hombres de Estado...

La minúscula señora de Gantis, levantó las manos, y, con gesto asombrado, exclamó :

— ¡ Pero, entonces, la sociedad está perdida !  
¡ Todo se derrumba ! ¡ Y mi madre tiene mucha razón al colocar en Inglaterra nuestros valores !

— Su señora madre de usted es persona prudente — dijo, sonriendo, el barón de Duburle. — En Londres hay banqueros recomendabilísimos. Pero no vale tomar al pie de la letra las palabras que acaban de pronunciar nuestros amigos. Esto significa, traducido al lenguaje vulgar : que los asuntos políticos no marchan tan bien como fuera de desear ; que Ravery con motivo de unas obras en el cuarto que habita, ha sostenido y ha perdido un pleito con el casero ; que nuestra querida condesa de Grodsko ha recibido algunos arañazos reporteriles en la crónica de una fiesta benéfica, y que nuestro amigo el barón del Rocher anda esquinado con su subprefecto. Pero en realidad, la liquidación social aun se halla lejana, y aun han de lucir días hermosos, bajo nuestro cielo, para las personas que tienen dinero y que se divierten. Y, dicho esto, señoras mías, beso á ustedes los pies. Ravery ¿ viene al Círculo ?... Le llevo.

— Con mucho gusto.

Así terminó esta charla de *five-o'clock*, en la que se habló de la marquesa de Sortais, luego, á propósito de hilo, se trató de agujas y de otras muchas cosas, con la exageración de ideas y de frases que caracteriza á la conversación parisiense.

Los personajes acerca de los cuales se discurió más formalmente, Andrés Treillard y la marquesa de Sortais, á la misma hora, sin que los oídos, zumbando, les anunciaran que se hablaba mal de ellos, encontrábanse reunidos en un saloncito, perteneciente al piso bajo del magnífico hotel que tiene fachada frente al parque de Monceau. La Marquesa, sentada en una silla baja, en la misma actitud en que la retrataron recientemente, leía un manuscrito, mientras que Andrés Treillard se paseaba, de arriba á abajo, de la puerta á la ventana. La señora de Sortais era una mujer muy linda, que apenas si había cumplido los treinta años, pequeñita, gruesa, rubia, y, con el rostro iluminado por encantadora sonrisa. Manejaba las cuartillas con manos finas, cargadas de sortijas, y leía alto, con voz sonora, sin poder disimular la satisfacción que experimentaba. Se detuvo y fijó los azules ojos en su silencioso oyente :

— No parece que está usted muy satisfecho...  
¿ Qué es lo que le ha chocado ?...

— ¡ Nada ! Continúe. ¡ Está muy bien !

— Me dice usted « ¡ Está muy bien ! » de tal manera que se me antoja que piensa : ¡ Está muy mal !

— ¿ Por qué razón ? Si hubiese motivo, no tendría inconveniente en censurar. Digo que está muy bien,

porque, á mi juicio, no puede estar mejor, tratándose de lo que se trata y siendo obra de usted.

— ¡Ah! ¡Cuántas y cuán terribles reservas mentales!

— Nada de eso. Usted es una dama del gran mundo, y no una profesional. Usted produce la literatura que debe producir, con arreglo á la educación, temperamento, aficiones, y medio ambiente en que vive. ¿Qué mayor elogio puedo hacer?... Usted domina, admirablemente, un determinado género literario. En ese género personalísimo tiene usted la exclusiva. ¡Diablo! ¿Quién puede vanagloriarse, en el campo de las letras, de ocupar posición tan privilegiada?

— ¡Ah! ¡Acaba usted de hacer la definición completa y exacta del aficionado! Ya sabe cuánto ambición que no se me juzgue así...

— Sí, naturalmente — exclamó, riendo, Treillard. — ¡Pero es pretender un imposible! Lo cual es muy propio de una mujer, y, sobre todo, de una mujer como usted...

La señora de Sortais se formalizó; su lindo rostro adoptó expresión severa, casi triste. Colocó la cuartilla que estaba leyendo, sobre el manuscrito abierto en la mesa, bajó los ojos, y dijo:

— Así, pues, ¿debo á mi posición, á mi alcurnia, al medio en que vivo y á la benevolencia de mis amigos, el buen éxito que he alcanzado?... ¿Soy por lo tanto, una artista de lujo, y, si lo hubiera necesitado, no hubiera conseguido vivir del trabajo de mi pluma?...

— ¡Ah! Marquesa ¿para qué preguntar esas cosas?... ¡Qué empeño en mortificarse cuando todo se reúne para proporcionarle satisfacciones?... ¿Sentiría usted no ser una mujer sin posición, obligada á abrirse paso, por la fuerza, entre la turba multa literaria?

— ¡Sí! ¡Cien veces, sí!

— ¡Bueno! ¡Pues se equivoca usted cien veces! Eso es pedir sin saber lo que se pide. Conténtese con tener genio. ¡Vamos! Siempre es tarea menos ingrata que la de verse obligado á demostrar talento.

La Marquesa arrugó las cuartillas, las arrojó lejos de sí y murmuró, levantándose, con un arranque de cólera:

— ¡Cállese! Está usted hoy realmente insufrible. ¡Parece como si tuviera propósito deliberado de disgustarme y de zaherirme!

— ¡Se incomoda porque no soy de su opinión! ¡Y usted querría haber tenido que tratar con directores de diarios y de revistas y con editores! — dijo amargamente Treillard. — ¡Entonces sí que hubiera oído cosas buenas! ¡Ah, ingrata! ¡Qué modo de desconocer la dicha de que disfruta! Produzca, produzca tranquila y descuidadamente. Usted ignora los horrores del trabajo á plazo fijo, y las angustias de la tarea forzada. Créame, es necesidad muy dura la de tener que estrujarse el cerebro para escribir la página que están esperando en la imprenta. Es feroz sentirse disgustado ó enfermo y no poder aplazar para otro día la labor comenzada. La mesa que re-

clama un derecho, las cuartillas y la pluma que están dispuestas... ¡ es preciso escribir! y hay que lucir imaginación cuando el cerebro está vacío, y hay que derrochar ingenio aun cuando las ideas estén envueltas en brumas pesadas y frías. ¡ Vea, vea lo que tanto envidia! ¡ Lo que envidia usted, dama aristocrática y acaudalada, que sólo conoce del trabajo las horas de encanto, y que escribe para distracción y recreo! Calle, querida Marquesa, y permítame reir. Me hace usted el efecto de un pajarito que, viviendo en libertad, en un magnífico jardín, entre flores y frutos, y cantando únicamente en la hermosa primavera, envidiase á esos pajarillos enjaulados, á los cuales bárbaramente les han sacado los ojos para obligarlos á cantar día y noche durante todo el año.

— Pero ¿ qué tiene usted? — preguntó la dama, aterrada ante la vehemencia del literato.

— ¿ Qué tengo?...

Rompió á reir con amargura :

— ¡ Quién sabe! Tal vez un libro que no se vende, ó una obra que no se representa, ó cuestiones con mis editores, ó un anticipo negado en la caja de algún periódico... ¡ Miserias que usted no sospecha, querida señora, y que son el pan nuestro de cada día para los que vivimos esa vida profesional que usted envidia!... ¡ Vaya! Volvamos á la lectura de versos ¿ quiere usted? Así encontraremos serenidad.

— ¡ Ah! ¡ Cuánto me desagradan esos sarcasmos! Comprendo que estoy realizando una tarea de niña mimada...

— Sí, mimada por el cielo, que la ha favorecido á usted generosamente.

Dijo, tomó las cuartillas, sentóse junto á la mesa y principió á leer, matizando con perfecta seguridad, las estrofas de una poesía cuyos versos, al pasar por los labios del lector, adquirirían vigor y elegancia que maravillaban á la ya tranquila dama. De repente, la fisionomía de la señora de Sortais cambió de expresión. A la complacencia siguió el asombro. Escuchó todavía, y luego, interrumpiendo al lector :

— Pero, Treillard, usted se equivoca, esos no son mis versos... Usted improvisa.

El literato hizo un gesto evasivo :

— Dispénsame, Marquesa, me dejé arrastrar por el ritmo... Y creo que he añadido una ó dos estrofas...

— ¡ Admirable! — exclamó la dama. — ¿ Las recuerda usted?...

Las repitió, con alguna vacilación, porque la sugestión rítmica ya se había roto. La Marquesa las escribió apresuradamente al dictado, y contempló con admiración á su colaborador :

— ¡ Y se queja usted de cansancio cerebral! ¡ Qué hermosa prueba de fecundidad y de lozanía!

— ¡ Bah! Son chispazos, de vez en cuando, por casualidad... Me caldeó el fuego de la imaginación de usted, y restituyo lo que usted me prestó. Ni más, ni menos.

— ¡ Ah! Si usted quisiera corregirse, abandonando ese trabajo forzado del periodismo agotador, y consagrando un año á escribir el libro ó la comedia que es

usted capaz de producir... ¡ con qué obra maestra se enriquecería la literatura!...

— Usted sabe perfectamente que no puedo seguir esos consejos que me da. Las necesidades de la vida me esclavizan á la mesa de trabajo y me exigen labor cotidiana...

La joven hizo un ademán de cariñosa oferta :

— ¿ Quiere usted trabajar, por cuenta mía, durante un año?... ¿ Le hacen falta veinte ó treinta mil francos?...

El escritor enrojeció y se puso bruscamente de pie :

— ¿ Qué proposición es esa?... ¿ Me cree usted capaz de aceptarla?

— Lo desearría. ¿ No puedo desempeñar para con usted el papel de los buenos tiranos de los principados de Italia en el siglo décimo cuarto, que acogían en sus palacios, señalaban rentas y glorificaban, al mismo tiempo, á los grandes artistas de su época? ¿ Por qué no he de conseguir el favor de hacer yo por usted lo que un Sforza ó un Médicis hicieron por un Tiziano ó por un Dante? Protectores y protegidos, almas nobles, vivían en fecunda comunidad de ideas; los unos ofreciendo el lujo, la brillantez, el esplendor del cuadro, la apacibilidad de hermosos jardines, la sombra de los marmóreos pórticos, propicios á sabrosas conversaciones en las noches estivales, bajo el encantado cielo de Florencia ó en la augusta serenidad de los campos lombardos. Los otros, los inmortales creadores, pintaban cuadros, cincelaban estatuas ó escribían poemas, y el resultado de

esta colaboración de la riqueza y del genio, era un tesoro de obras maestras para la Humanidad. Hoy los protectores encuentran tantas admiraciones y tan pomposas alabanzas como los protegidos, y, cuando se habla de Miguel Angel, se asocia á este nombre el nombre de León X. ¿ Le interesa á alguien averiguar si antaño dieron unos algo á los otros?... En ese estudio retrospectivo de las centurias, sólo se ve el grupo deslumbrante de las fraternidades artísticas. Y esto, esto es lo que yo desearía hacer por usted...

— Y lo que yo no puedo consentir que usted haga por mí...

La dama miró al literato, con mirada graciosamente coqueta, y moviendo la cabeza con aire soñador :

— Sin embargo, usted dice que me ama...

— Justamente porque amo á usted, rechazo esos generosos ofrecimientos. No me conceptúo capaz de delicadezas soberanas... ¡ Recibir un sueldo de mujer! Aun cuando esa mujer sea, como declaro que es, la más noble y la más selecta... ¡ da lo mismo! ¡ Siempre es una mujer! ¿ No oye usted las murmuraciones? A usted la desuellan lindamente en los salones aristocráticos y yo me veo suficientemente vilipendiado por mis compañeros en las letras. ¡ No demos ocasión para que las infamias tomen más cuerpo! Déjeme con mi trabajo y con mi pobreza. Son las garantías y los amparadores de mi dignidad.

— Luego ¿ nada podré hacer por usted?...